

183); y un Anexo con la lista de los institutos seculares de lengua francesa, que son 3 en Bélgica, 1 en Burundi, 5 en Canadá, 36 en Francia y 4 en Suiza. A finales del 2000, existían en el mundo 207 institutos seculares, agrupando cerca de 35.000 miembros. Pero es de notar que es un mundo muy vivo, ya que los nuevos institutos reconocidos han sido 24 de 1978 a 1987 y 53 de 1988 a 2000.

DOMINIQUE LE TOURNEAU

**Llaquet de Entrambasaguas, José Luis,** *La Facultad de Cánones de Cervera*, Ed. Atelier, Barcelona 2001.

Son pocos los canonistas españoles que publican estudios históricos, de ahí que la rareza añada valor al hecho. José Luis Llaquet tiene en su haber un extenso catálogo de publicaciones, en el que —sin abandonar la temática eclesiástica y de derecho matrimonial, por obvias razones de trabajo en tribunales y dedicación docente universitaria— adquieren cada vez mayor peso los estudios sobre variados aspectos de la historia del derecho canónico en España.

Dirige su atención en este caso a la Facultad de Cánones de la Universidad de Cervera, fundada en 1716 por el primer Borbón, y que mantuvo su actividad hasta 1842, fecha de su traslado a Barcelona.

El período histórico es, indudablemente, de notable interés. El reformismo propiciado por la nueva dinastía se hizo sentir en todos los aspectos de la vida social y alcanzó, desde luego, a la institución universitaria, por entonces en lamentable estado de postración. Se inició por esas fechas —con más intensidad en

la segunda mitad del siglo— un capítulo apasionante de la historia de la enseñanza superior en España, inmersa en frecuentes y agitados procesos de reforma, tan bienintencionados como ineficaces, debido al inmovilismo, espíritu conformista y apego a los privilegios de la casta universitaria. Tan intensa iniciativa política resultó, a la postre, insuficiente para lograr que la universidad española se convirtiera en el motor del desarrollo de las ciencias y alcanzara la excelencia académica a la que aspiraban los beneméritos ilustrados de la época. El libro de José Luis Llaquet nos permite recorrer esos apasionantes estadios de la historia académica española, desde el privilegiado mirador de la institución Cerveriana.

Felipe V instituyó la Universidad atendiendo a una vieja aspiración local y en reconocimiento —todo hay que decirlo— a la fidelidad prestada durante la guerra a la causa borbónica. El austracismo costó caro a Lérida y Barcelona, que perdieron los centros que impartían en esas ciudades algún tipo de enseñanza superior. Cervera ocupó hegemónicamente durante más de un siglo el centro de la vida universitaria y cultural catalana.

La importancia de esta institución, sin embargo, fue más allá de las vicisitudes locales, porque Cervera fue llamada a encarnar, por así decir, el espíritu de la reforma de la enseñanza superior propiciada por la Ilustración. Fue una Universidad de fundación real e intensamente vinculada al monarca, en contraste con las universidades tradicionales, dependientes de las corporaciones municipales o de la Iglesia. Cervera quiso ser una versión renovada de las grandes universidades castellanas —Salamanca y Alcalá—, a cuya imagen fue configurada. La docencia que se impartía en sus aulas refle-

jó asimismo la vinculación real, por cuanto se acomodaba a los intereses del monarca. Era constante la presión para que se procediera a la defensa de las regalias y se enseñaran —también en la Facultad de Cánones— las Leyes del Reino.

Se comprende, a la vista de lo que llevamos dicho, que el conocimiento de lo acontecido en Cervera tiene un interés añadido con vistas a la interpretación de la historia de la universidad española en su conjunto.

Aunque la bibliografía sobre la Institución Cerveriana no es pequeña —hay varias obras extensas sobre la historia de la Universidad— el estudio de José Luis Llaquet es sin duda el más completo sobre la Facultad de Cánones. La consulta de las fuentes archivísticas puede considerarse exhaustiva, al menos por lo que a los archivos públicos se refiere. El paquete documental más importante corresponde, como es lógico, al propio Archivo de la Universidad, conservado actualmente en la de Barcelona, donde fue a integrarse la institución anterior. También aparecen manuscritos relevantes para el estudio en el Archivo Histórico Comarcal de Cervera, en el Histórico Nacional, en el de Simancas y en otros. La utilización de fuentes impresas —es decir, obras del XVIII y del XIX— es también abundante y rigurosa.

Este amplio conjunto documental y bibliográfico permite al autor trazar un cuadro completo de los diferentes ámbitos relacionados con la vida de la Facultad —vida cotidiana, grados y actos académicos, profesorado y provisión de cátedras, enseñanzas y libros de texto, publicaciones, disputas académicas e ideológicas, alumnado— que son objeto de los sucesivos capítulos del libro.

Como es natural, la vida de la institución cerveriana atravesó diferentes etapas, bien descritas a lo largo del estudio. Las primeras décadas resultaron las de mayor brillantez académica, merced a la tarea de una generación de hombres entre quienes destacó José Finestres, jurista y humanista de prestigio, creador de la que algunos consideran la «Escuela de Cervera». Las grandes reformas universitarias comienzan a partir de 1770 —desaparecida la generación de los grandes—, pero no pudieron compensar la ausencia de los maestros, hacia quienes se dirigía la mirada con nostalgia: «Hay acá generalmente buen gusto —se decía en un informe acerca del estado de la Universidad en 1807— pero no hay calor, no hay aquel fuego y empeño que hace célebre el nombre propio y el de la Universidad que tuvieron nuestros mayores». Las normas administrativas no suplen a los hombres.

La Universidad mantuvo dignamente su nivel académico, como muestra la supervivencia a los sucesivos decretos de supresión de universidades de 1807 y 1824, aunque la decadencia de la institución fue progresiva, hasta su desaparición, como se dijo, en 1842. La efímera continuidad en Solsona no merece en este momento una mayor atención.

Particularmente acertada resulta la exposición, en el capítulo cuarto del libro, de los métodos de enseñanza empleados en la Facultad Cerveriense. Sorprende la limitada evolución de las técnicas, avanzado ya el siglo XVIII, desde la época medieval. La docencia canónica se articulaba aún, en efecto, en torno a la explicación de los textos del medioevo —Decreto, Decretales, Resoluciones de los Concilios—, mediante el sistema del dictado. La introducción de

libros de texto que permitieran un estudio sistemático de las instituciones canónicas era objeto de fuertes resistencias, tanto por razones de inmovilismo académico como de intereses ideológicos en liza. Con todo, los nuevos aires empujaban en la dirección del estudio sistemático del derecho y de la introducción de nuevas disciplinas, en lugar del derecho eclesiástico antiguo. Así se fueron abriendo paso en los planes de estudio de las Facultades de cánones asignaturas como «Concilios Nacionales y Generales», «Historia Eclesiástica» o «Instituciones Canónicas», que, entre otras cosas, podrían contribuir a sostener las pretensiones regalistas entonces en boga frente al papado.

La contribución de José Luis Llaquet al conocimiento de un capítulo relevante de la historia del Derecho canónico de España, a través de la Facultad de Cánones de Cervera, es digna de elogio. No sólo los historiadores más expertos aprovecharán de la lectura del libro, sino que, como he tenido oportunidad de señalar más arriba, quienes deseen conocer los fundamentos de la política educativa de los primeros borbones y la historia de la universidad española durante los siglos XVIII y XIX encontrarán en estas páginas una guía sumamente orientadora.

JORGE OTADUY

**Martínez G., J. F.**, *Panorámica del Derecho Canónico*, San Pablo, México D.F. 2000, 160 pp.

Es un pequeño libro, también por las dimensiones, que merece sin duda una reseña, aunque sea breve. Si muchas facetas de la vida de la Iglesia son hoy por desgracia mal conocidas de la gente,

el derecho canónico no es una excepción, al contrario, su ignorancia incluye no pocos que, por oficio, deberían saberlo. El autor se ha propuesto una obra de divulgación, de explicación panorámica y sencilla que no entra en vericuetos o atolladeros doctrinales, para los que el tipo de lector a quien se dirige no estaría preparado.

Ya lo advierte en la introducción cuando afirma que no se trata de un manual ni de un prontuario, sino de «hacer accesible a muchas personas, un conjunto de conceptos, criterios y sobre todo normas que dan razón de la organización de la Iglesia en muchos aspectos» (p. 7). Todo responde a esta finalidad, la estructura, los temas que se tratan, el lenguaje.

Sus nueve capítulos no siguen siempre ni sistemáticamente el orden ni las materias todas del CIC. Los cuatro primeros se refieren a la historia y a las materias fundamentales y de teoría general comprendidas en los dos primeros libros del Codex: pueblo de Dios (sociedad eclesial, fieles, estatutos personales, personas jurídicas); función de gobierno (autoridad y organización) y leyes. Particular hincapié hace el autor en lo que se refiere a los laicos: noción, derechos y responsabilidades, asociaciones, colaboración con la jerarquía. Los cinco capítulos restantes siguen la distribución material del CIC tratando sucesivamente de las funciones de enseñar y santificar, bienes, delitos y penas; en fin, de los procesos. Un mayor espacio se concede al matrimonio en correspondencia al amplio público al que se desea transmitir unos rudimentos de derecho eclesial.

La reseña es apretada, esencial, llevada con rigor y orden. La abundancia de epígrafes señala los pasos al lector y